

ropea, para ser más exactos), sino también un particular estudio referido al caso de los casi dos millones de españoles en Europa. Españoles que siguen saliendo (23.828 en el primer trimestre de este año, según datos del Instituto Español de Emigración) y españoles que siguen acrecentando esa fuerte suma de más de treinta mil millones de pesetas anuales en divisas para una economía que no sabe, no puede o no quiere darles empleo. No es mucho lo que reciben a cambio: «Para asistencia social tocan a 13 pesetas por emigrante y año; para asistencia jurídica, 101 pesetas; para educación, 17,50 pesetas; etcétera». O también: «los centros que podríamos llamar "oficiales" ponen el énfasis en las actividades recreativas y de ocio. El bar surtido de productos españoles y los bailes frecuentes son piezas clave de esta prolongación extraterritorial de panem et circensis. Otras actividades incluirían excursiones, campeonatos de fútbol, concursos de belleza, cine en español e incluso algunas bibliotecas de contenido convenientemente depuradas... Estos españoles de Suiza, de Francia o de la Alemania Federal son los verdaderos protagonistas de los hechos y de los problemas. «Para lo primero —dice el autor— se puede ser un espectador frío; a lo segundo no he podido permanecer impasible».

■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

«La sociedad al día»

El viejo pleito sobre la orientación del quehacer sociológico no lleva trazas de pronta resolución en esta audiencia más bien subjetiva y personalista que es el mundillo de nuestros sociólogos. La cuestión es que tras la esgrima epistemológica se disimulan razones menores, desde el puro juicio de valor al puro mandoble, con el resultado de que, al menos en la impre-

sión del lego o del catecúmeno, parece que hubiera varias sociologías recíprocamente excluyentes en base a conocidos contrastes ideológicos. Empirismo y teoretismo, «construcciones» ideales y «modelos» prácticos, filosofías del consumo o del conflicto, se oponen apresuradamente. Es una vieja discusión ideológica, un doble dogma empeñado entre lo diestro y lo siniestro, al que no le falta su dosis apreciable de razón, sin embargo. Es, en fin, como dicen que decía d'Ors, una «grave cuestión baladí».

Tan larga introducción se propone colocar el siguiente juicio sobre un libro del profesor Del Campo, *La sociedad al día* —Ediciones del Espejo, 1974—, en un terreno, dentro de lo que cabe, imparcial. El autor de este libro es figura difícil de encuadrar en los anteriores términos polémicos, y uno, por supuesto, no se lo propone. Del Campo es hombre de formación americana, supongo que adepto no enteramente ortodoxo de la visión «estructurofuncionalista» (que es como se dice ahora) y práctico laborioso de una disciplina que él entiende —insisto en que es una opinión— como una síntesis cuya virtud debe derivarse de la investigación concreta, en armonía con unos presupuestos teóricos no demasiado complejos. El

aspecto de la REOP en la época en que él la dirigió, el tono de sus trabajos sobre demografía y estructura o cambio social, creo que avallan la presunción que queda hecha sobre su inclinación «práctica»; de otro lado, la lectura de *La sociología científica moderna* evidencia, por la otra cara del transparente, que ni le son ajenas ni le obsesionan las discusiones que, al deslumbramiento de otros prestigios —los de la sociología «comprensiva», el de los ventisqueros de Francfort, etcétera—, nos hemos acostumbrado a llamar «de altura».

En fin, creo y asumo el riesgo de decir que Salustiano del Campo practica una sociología que, a mi modesto entender, se aproxima más y resulta más vicaria de la «política social» que de la «filosofía social». Es decir, que ha hecho de su dedicación profesional un ejercicio modesto e ingrato —no sé si deliberado— de desbroce de la realidad social inmediata al servicio de una pretensión de neutralidad científica y de un proyecto de mejora, repitámoslo, dentro de lo que cabe.

En fin de cuentas, entre tantas definiciones y estocadas previas, resulta que la sociología de que disponemos raramente cumple una función que, bien mirado, debiera tenerse por

legado irrenunciable de su propia y originaria tradición: la de la crítica real, comprometida y montada sobre la pasión —más sufrida y modesta de lo que pudiera creerse— de la vida cotidiana, de sus entresijos, de sus contradicciones grandes o pequeñas.

La sociedad al día —al margen de cualquier valoración previa— es un testimonio raro de este tipo de quehacer en que el sociólogo se compromete con el terreno gris y, sin embargo, arriesgado de la crítica que pudiéramos llamar cotidiana. Básicamente, éste es un libro periodístico, de buena factura crítica y que suple el posible desgarbo estilístico con la virtud de una probada seriedad en el conocimiento de los temas: temas generales y temas específicamente españoles.

Se trata de un volumen de artículos breves aparecidos en «El Europeo», de visible pretensión divulgadora y con los que el autor ha ido intentando tomarle las medidas al cuerpo no poco jorobado de la sociedad española actual. Pero es importante aclarar que, aun escritos al filo de la actualidad o de la incidencia, los trabajos no se plantean discursivamente, sino que se montan en la crítica objetiva de los datos —oficiales o no— y en la revisión, no pocas veces elocuente, de

las maniobras estadísticas. Todo un apartado sobre la educación en España o sobre el tema «política española», así como los antes mencionados, tratan de aclarar la realidad que aquella maniobra estadística con frecuencia trata de oscurecer en lugar de aclarar. En resumen: lo que Del Campo cuestiona revisando cifras y datos sobre la emigración, la presencia de la mujer en el trabajo, la estructura ocupacional o los problemas de la reforma educativa, no es sino la cuestión fundamental del valor que tienen y el que debieran tener los llamados «indicadores sociales». En este sentido, la labor realizada por el autor, sin perjuicio de su carácter ocasional, es importante especialmente por el tono independiente y por la dureza de algunas de las críticas contenidas, y aún más por la hábil ironía y hasta por la malicia alguna vez desafiante sobre las que discurre esta curiosa operación crítica.

De *La sociedad al día* se deducen muchas cosas, quizá no sistemáticas a la primera de cambio por el lector más o menos lego, pero útiles, sin duda, para quien sepa apreciarlas a su vez como un «indicador» más.

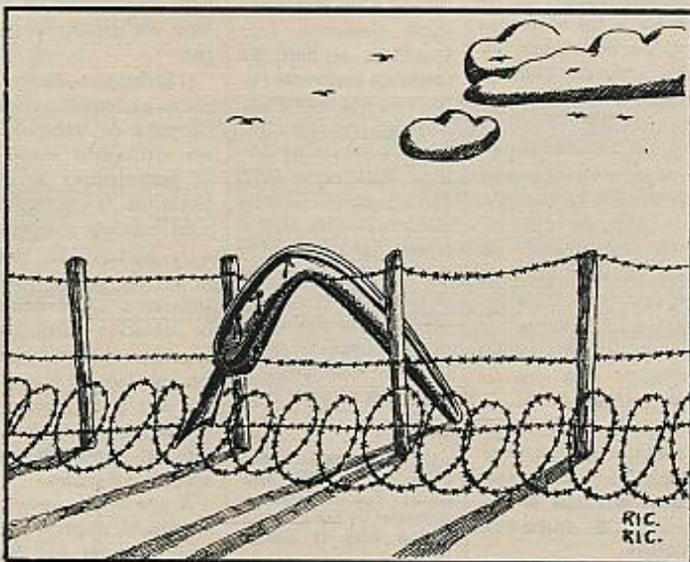
Hay al final del libro, cerrando el apartado «Política española», una a modo de exégesis optimista sobre determinadas circunstancias sociopolíticas del país, en la que esta crítica no entra por razones de estricta neutralidad, y no por arrimar o desarrimar ascua alguna. Juzgue el lector eventual sobre el riesgo de ese optimismo del profesor Del Campo y decida por su cuenta. En cualquier caso, ésas son tres o cuatro páginas entre las trescientas de un libro en general agresivo, exigente y preciso. Poner «la sociedad al día» exigirá, esto sí que es evidente, que los sociólogos se pongan al día a su vez. Como lo ha intentado, pertinaz, modesta y casi oscuramente en esta ocasión, un sociólogo profesional. ■ J. A. G. M.

No ha sido muy sincera nuestra historia...

La lectura de la poesía española actual me sigue causando la misma impresión desalentadora que desde fines de la década del sesenta empezaba a experimentar. Me encuentro, día a día, ante unos intentos en los que no consigo vislumbrar ni ya soluciones definitivas, sino ni siquiera un alumbramiento de caminos posibles donde transitar esperanzadamente. Hablo, por supuesto, a niveles generales. Hay una inercia reiterativa en la que se diluyen invariablemente temas y formas epigónicos o ecoicos. El mimetismo parece estar a la orden del día, ayudado por una notoria pereza frente a la escritura. Por otro lado —y ocupando una posición igualmente relevante—, se encuentran las conaturales deficiencias de un lenguaje terca-mente retórico, sustancial y potencialmente vacío, que ya no permite demasiadas libertades, que ya consume sus últimos residuos en una agonía realmente grotesca.

No es, pues, casualidad que, en un panorama como éste, la colección de poesía «El Bardo» haya decidido editar sus últimos poemas: una antología de Poetas españoles poscontemporáneos (1). Ya se cura en salud el editor al aludir, en la nota preliminar, a la dificultad que entraña el determinar claramente los conceptos de poscontemporáneos, de españoles y, sobre todo, de poetas. Lo mismo cuando reconoce el difícil contentamiento que suele darse a lectores, a críticos y, especialmente, a escritores con una antología; máxime si, como esta que nos ocupa, confiesa estar confeccionada «siguiendo el democrático y españolísimo método de la designación a dedo». Ríos de tinta se han consumido in-

(1) Varios autores. Poetas españoles contemporáneos. El Bardo. Barcelona, 1974. 338 páginas.



fructuosamente para discernir la oportunidad y funcionalidad de las antologías en los últimos años, género al que tan proclives han sido nuestros editores de poesía. No vamos a seguir atizando el fuego de tan bizantina discusión, pero sí me interesa significar el hecho de que las antologías aparecidas en las últimas décadas en nuestro país (hecha toda clase de salvedades excepcionales) han girado en torno a los mismos períodos, a los mismos grupos más o menos constituidos y —sobre todo— en torno a los mismos nombres. Me parece que, en este orden de cosas, «El Bardo», que ha sido la colección poética de mayor continuidad y significación de los últimos años, debió jugar una carta más arriesgada al plantear este último número de su colección: recoger la verdadera poesía española poscontemporánea; ésa que se está haciendo al margen de toda bambolla publicitaria y editorial; la poesía española aún *monata*, que debe estar sosteniéndose, con difícil equilibrio, por «los caminos, vericuetos o despeñaderos» de los que, afortunada o desgraciadamente, ya se han liberado los poetas reunidos en este libro.

¿Es esta antología representativa de la poesía que se hace hoy en España? A nivel de escritores conocidos (y reconocidos), yo creo que sí. Y es representativa no sólo de una serie de realizaciones más o menos felices, sino también (y mucho) de los límites y las frustraciones ya apuntados. Nos encontramos ante un lenguaje que parece haber agotado sus posibilidades de regeneración; que o bien se encastilla en la *posse* petulante e iconoclasta de los llamados *novísimos* o se enreda en las disquisiciones teóricas que buscan un nuevo lenguaje poético al socaire de formalistas y estructuralistas; que o bien insiste en un cierto *culturismo* de lo cotidiano o se hunde en el trasnochado neorromanticis-

mo, «lamentándose de su niñez perdida, de su sufrido amor, como si tales asuntos, cuya existencia nadie niega, fuesen, con el que los sufre, el centro-motor de la realidad», para decirlo con palabras de uno de ellos. Hay hasta brotes tardíos de *poesía social*; un dominante *narrativismo*, evocador de mitos «camp» de los años cuarenta, o de los mitos «in» de los sesenta...

Los poetas aquí reunidos, convocados, como se aprecia, al socaire de estos temas más o menos repetidos, se sienten vinculados también por un declarado *escepticismo* o *incredulidad* (¿sinceros?) ante las antologías, ante las poéticas y ante la misma poesía. Alguno escribe una «antipoética» porque «se muestra, una vez más, escéptico frente a todo concepto», pero ello no es obstáculo para que, líneas más abajo, afirme taxativamente: «El poeta adivinará zonas de la realidad o del trasnundo. El poeta fundamental no se evade, ni divierte, ni testimonia. El poeta revela. (La poesía fundamental ha visto caer uno tras otro los Imperios...)».

A todos ellos, o a los más, me he referido en comentarios particulares en diversas ocasiones; incluso llegué a hablar de las posibilidades latentes en su obra. Muchos, lo reconocí (y reconozco) apuntan salidas interesantes para liberarse del círculo vicioso que los atenaza, pero lo indiscutible es la existencia de tal cerco y de tales limitaciones. En cualquier caso, pues, y planteadas así las cosas, la antología última de «El Bardo» nos orienta perfectamente en torno a las posibilidades aún no consumadas, a los caminos rechazados (obligatoria o voluntariamente) y a los que quedan por recorrer, o, mejor, de que existen caminos que se han de transitar. Labor ésta en la que nuestra poesía más reciente debe seguir empeñada.

Para finalizar, me resta consignar los nom-

bres de los poetas aquí representados: Félix de Azúa, Guillermo Carnero, Antonio Carvajal, Antonio Colinas, José Elías, Angel Fierro, Joaquín Giménez-Arnau, Pere Gimferrer, José Luis Jover, Antonio Martínez Sarrión, Enrique Morón, Aníbal Núñez, Eugenio Padorno, Angel Sánchez, Lázaro Santana, Jaime Siles, Jenaro Taléns, José-Miguel Ullán y Manuel Vázquez Montalbán... Y a seguir esperando. ■ JORGE RODRIGUEZ PADRON.

Nota de lectura: Josep Pla

La obra literaria de Josep Pla anónada. Recientemente ha aparecido el volumen veintiséis de su obra completa, que viene editando Destino. Obras completas en lengua catalana, hay que puntualizar, pues las de lengua castellana podrían sumar otros tantos, cuando menos. Y también conviene decir que la extensión media de estos volúmenes es de seiscientas páginas compuestas densamente. Se ha dicho que no hay caso igual en toda Europa, al menos en los tiempos actuales. Se habla de Balzac y Pla, de Dickens y Pla, etcétera. El caso resulta más asombroso si tenemos en cuenta que la mayor parte de esta obra incommensurable (que, por lo demás, no puede darse ni mucho menos por conclusa) no es narrativa. El señor Pla ha escrito muy pocas novelas, y los críticos han estado de acuerdo en decir que no son, esas pocas, lo más feliz de cuanto ha salido de su pluma. Se trata de notas varias, de retratos literarios (los célebres «homenots», que no se ciñen a gente del mundo de las letras, sino que abarcan a personalidades destacadas en todos los campos de la actividad humana), de biografías más ambiciosas (la de Cambó, por ejemplo, recientemente editada también, con sustanciosas modificaciones sobre ediciones anteriores), de relatos



Josep Pla.

tomados más o menos «de la vida misma»; de artículos periodísticos, de Memorias, viajes y cuantas definiciones o clasificaciones puedan existir para denominar un trabajo escrito en prosa. Una gigantesca y minuciosa, aunque desordenada, autobiografía, tal vez. O quizá un gran libro de una memoria infinita.

Notes per a Sílvia, que tal es el título del citado volumen veintiséis, forma, según su autor, un todo con dos volúmenes anteriores: *Notes disperses* y el que abrió esta serie de la obra completa, *El quadern gris*, saludado en su momento por buena parte de la crítica como su mejor obra. Los tres, dice el escritor, han de ver la luz algún día en un solo volumen. *Notes per a Sílvia* presenta, sin embargo, algunas características peculiares.

Las notas son, por lo general, anotaciones de un diario llevado sin afán totalizador, y ofrecen jugosas reflexiones al lector, al enfrentarle con una mente extraordinariamente vivaz, que no considera preciso sujetarse a disciplina alguna y que desprecia las posibles —en realidad, abundantes— contradicciones en que pueda caer. Pero la serie de artículos sobre la Segunda República española, escritos en la época, vienen a ser el complemento, la base si se quiere, de aquella voluminosa *Historia de la Segunda República*, que Pla publicara en castellano allá por el año 1941. Una «historia demasia-

do objetiva», como la calificaría su autor en la entrevista concedida para estas mismas páginas a José Batlló. El período fue catastrófico, es la conclusión. Y entre los muchos errores que se cometieron, ninguno tan grave para el escritor ampurdanés como el acuerdo del Congreso de suprimir la pena de muerte, tomado el 8 de noviembre de 1931: «Estos diputados que han votado la supresión de la pena de muerte, ¡cuántos enterrados no habrán de presidir!», concluye. Vista la historia española posterior, quizá no le faltaba razón del todo al señor Pla. Quien, cuando habla de caciquismo y oligarquía (que parecen designar la misma cosa), llama en su apoyo a Costa, Unamuno y Cossío, para terminar afirmando lapidariamente que en la Rusia soviética, el caciquismo es «organizado, intocable, total». ¿Suscribe Pla, por lo demás, las opiniones que cita de un tal Puigblanch —mataronense que estuvo en las Cortes de Cádiz y murió exiliado en Londres— sobre los andaluces? Dicen en esencia así: «El andaluz es indiferente a la libertad (...). De entre todos los pueblos ibéricos, los andaluces, por su carácter moral, son los menos idóneos para pertenecer a un pueblo libre». Tesis que más tarde ha hecho fortuna y se ha aplicado a la totalidad de los habitantes peninsulares (y de las islas). Pero hagamos unas cuantas ca-

las más en las notas del señor Pla, que si destacan por su excentricidad, no dejan de ser representativas del muy ponderado estilo del escritor:

— «Estoy estupefacto ante la insignificancia de este placer sobre el que se ha hecho tanto ruido», dijo Amiel, y el señor Pla, al citarlo, lo refrenda, refiriéndose a la «copulación física» (y no a la gramatical, ni a la mística, ni a la moral).

— «El Camino» (sic) «es una especie de tebeo de la literatura religiosa (...). Es un libro para primarios e ignorantes, fanfarrón, que fatalmente había de dar resultado en el régimen imperante».

— Dionisio Ridruejo es un escritor poderoso, pero como poeta resulta decepcionante; es, en definitiva, el anti-Machado (sin que sepamos a qué Machado se nos remite).

— El hecho, discutible por lo demás, de que los españoles de uno y otro bando hayan escrito tan pocos libros sobre nuestra última guerra civil, lo explica el señor Pla sencillamente: les ha dado vergüenza.

— «El pintor cubista más horroroso que ha existido ha sido el cubista castellano (sic) Juan Gris. Es el cubismo literalmente repetente».

— ¿Por qué el señor Pla, al referirse a Gide, le llama «importante escritor y eminente pedestre»? ¿No parece una descortesía inconcebible en quien cree que el tratamiento de «tú» debería desterrarse de este país? ¿Cómo se permite tamaña intromisión en la vida privada del prójimo cuando no está dispuesto a consentirle a éste ni siquiera el tuteo?